



Bernal Rivera, Beatriz Elena (2008). *El arte como acontecimiento: Heidegger – Kandinsky*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.

El arte como manifestación de la verdad

Carlos Mario Vanegas

carlosubiri@yahoo.com

El libro *El arte como acontecimiento: Heidegger – Kandinsky* de la profesora Beatriz Bernal ofrece un puente conceptual entre dos pensadores modernos que reflexionan sobre la naturaleza del arte y su posición en la cultura industrializada. La autora pretende realizar un paralelo entre la filosofía del alemán Martin Heidegger y las reflexiones espirituales del pintor ruso Wassily Kandinsky. El argumento fundamental que recorre el texto nos propone el ámbito del arte como un acontecimiento apropiador; esto es, como una fundación creadora donde se devela la verdad y, por tanto, las necesidades interiores más apremiantes. La pregunta por el arte como manifestación de la verdad surge desde la pregunta por la esencia del ser; como expresión de las necesidades interiores más sustanciales de la humanidad, el arte debe acompañar la época en la que se encuentra y comprometerse con el arte futuro. Por otra parte, la autora precisa las críticas de los dos teóricos a una época moderna utilitaria y de consumo, que ha sumergido al arte en la categoría de utensilio y mero objeto mercantil.

El texto está dividido en tres partes; al final de cada parte, se encuentra la interpretación de la autora de algunas de las más importantes obras de Kandinsky, a partir de las consideraciones filosóficas del Heidegger. La primera parte se concentra en la esencia y el origen de la obra de arte; la segunda parte nos presenta el carácter dual que comporta la obra de arte en la época materialista

e instrumental, así como la crítica a la función de dispositivo a la que ha sido sometido el arte; la tercera parte expone la idea del arte como *Ereignis*, como realización de la verdad del ser, y nos indica la constitución del arte como comienzo de un nuevo origen para un arte siempre futuro.

En el capítulo 1 del texto, titulado *Arte y Verdad*, la autora nos presenta, en primer lugar, la pregunta por el origen de la obra de arte. Tal inquietud presenta, desde la filosofía heideggeriana, una vinculación interna con la pregunta por el ser. Pues aquí debe entenderse origen como esencia que determina y que se realiza en la obra. Con esta identidad entre origen y esencia, entran en juego las realidades de artista y obra. La obra es generada por la acción del artista, de tal suerte que lo uno no sería sin lo otro; sin embargo, el círculo que genera tal argumentación no se concibe *ad infinitum*, en tanto lo que determina y se esencializa en la acción del artista y en la obra es el arte mismo. El arte al ser origen es esencia, y como modo esencial debe ser fundación de la verdad; verdad que no se refiere a la manifestación de un producto elaborado y mercantil, sino a la verdad histórica en donde los pueblos ingresan en lo que han puesto y destinado como sus decisiones más esenciales.

Decir que el arte es fundación creativa de la verdad implica suponer que la obra de arte es el medio donde acontece tal verdad. Este carácter distintivo que posee la obra de arte hace afirmar a Heidegger que la obra no puede ser tomada desde su esencia como un mero utensilio que complace nuestra sensibilidad, toda vez que su origen le brinda un carácter autónomo. Para Heidegger la autonomía que posee la obra de arte le permite resguardar el acontecer de la verdad, esto es, que la obra de arte reposa en sí misma, desligada del artista, del público y de las instituciones oficiales. El carácter autónomo de la obra de arte posibilita que el artista pueda apreciar la obra, que haga parte del público, y que esté dispuesto “a internarse en la verdad que acontece en la obra”, o en otras palabras que esté dispuesto a cuidar “el acontecimiento de la llegada de la verdad”. Este carácter sagrado-religioso que pretenden tanto Heidegger como Kandinsky para el arte les permite elevarlo como confrontación con la época moderna, caracterizada por su técnica mercantil y utilitarista, que se ha encargado de sumergir al arte en la categoría de mero objeto de la realidad.

En segundo lugar, la autora nos ofrece la constitución de la obra de arte. En su reposar autónomo, la obra está constituida por el mundo y la tierra, elementos que, al considerar la esencia del arte, son inmateriales. En lo que respecta al mundo, este rasgo esencial le dona a la obra un lenguaje, una manera de decir que abra la posibilidad de la historia, y específicamente de la verdad histórica de la que se hablaba aquí al principio. El lenguaje le permite a la obra de arte comunicar un mundo, erigirlo y donarlo a la consideración del hombre. En lo que toca a la tierra, ésta es el sustento de la obra de arte, ella sustenta la existencia de la obra. Es claro que la tierra es la *physis* de la obra; sin embargo,

al ser el arte un modo de acontecer de la verdad, el carácter físico de la obra se desliga de su elemento de creación. Así, en la obra escultórica no importa el peso de la piedra de la que está hecha; o, en un arte visual como la pintura, no interesan tanto las consideraciones sobre el pigmento y la consistencia de los colores, sobre la materialidad de los mismos; lo que importa es cómo el pintor logra erigir mundo al utilizarlos para la creación de la obra.

Las características hasta aquí mencionadas son vertidas a la interpretación que la autora realiza sobre la obra de Kandinsky, *Círculo azul*, de 1922. En esta obra, la autora ve la relación entre mundo y tierra en el contrapunto entre la línea curva y la recta, entre el círculo y triángulo, o en la presencia del “amarillo cálido y el azul frío”

La segunda parte del libro está dedicado al paralelo entre *Arte y técnica*. Aquí, la autora expone los planteamientos de Heidegger y Kandinsky respecto al carácter artesanal que debe tener toda obra de arte y su diferencia frente a los objetos de la realidad prosaica. Con este interés, la autora nos muestra cómo para Heidegger el Arte es una *téchne* al ser un modo de saber que se relaciona con el producir. Tal concepción del arte como una elaboración artesanal se relaciona con el pensamiento de Kandinsky, en tanto el pintor ruso concibe que la obra de arte posee una materialidad que hace parte de la multiplicidad del mundo exterior; sin embargo, los dos pensadores consideran que la obra de arte, a pesar de su elaboración artesanal, debe tener una experiencia espiritual distinta, libre, que le permita “comunicarse con lo trascendente” y, en este sentido, fundarse en el develamiento, en el acontecimiento de la verdad.

Esta postura va en sentido opuesto a la que, según Kandinsky y Heidegger, ha tomado la época moderna con su técnica. Para el primero, el materialismo de la técnica moderna ha llevado a considerar el arte como un dispositivo meramente externo; como un objeto mercantil al que se le ha eliminado su necesidad interior. Heidegger no se aleja de este juicio a la modernidad al afirmar que el develar de la técnica es provocante, que produce dispositivos que operan como depósitos de consumo, de almacenamiento. Y, frente a la mercantilización moderna, ellos pretenden ver en el arte la manifestación de un develar *poético* que, como ya lo vimos, es trascendente, al ser una experiencia espiritual superior.

Al final de este apartado, la autora interpreta las obras *Lírico* y *Sobre Puntas* como ejemplos claros de la superioridad de la obra de arte frente a los objetos insustanciales y la simple ornamentación.

La tercera y última parte, después de las consideraciones precedentes, retoma la definición del arte como *Ereignis*, esto es, como acontecimiento apropiador, para afirmar que esta condición abre la posibilidad de una nueva vitalidad, de un nuevo comienzo histórico. Tanto para Heidegger como para Kandinsky, el

arte es un ámbito donde es depositaria la verdad, cualidad que le permite dejar atrás la historia como se conocía hasta ese momento. Esta concepción de la historia —de la historia de la metafísica en Heidegger— ha llevado al hombre a la era del animal tecnificado, engeñerado por las maquinaciones y olvidado de lo sagrado. Por el contrario, el arte sería un nuevo inicio, la apertura a un otro origen como desvelamiento de la verdad, por fuera de la explotación cultural a la que se encuentra sometido el arte, y que se ha desentendido de su esencia como acontecimiento supremo. De esta manera, el arte fundaría humanidad, pues no olvidemos que la verdad que se devela es la verdad histórica, donde los pueblos históricos han puesto sus decisiones más sustanciales. Esta particular posición va de la mano con la posibilidad de la unificación de las artes, a partir de aquello que Kandinsky ha llamado necesidad interior. Esta necesidad espiritual es idéntica en todas las artes, a pesar de las diferencias formales que puedan existir entre ellas. Según Kandinsky, tal necesidad interior determina el tipo de forma o de medio de expresión, la hace sagrada para poder cumplir la meta de todo arte: la revelación. Este carácter de revelación aúna todas las artes en busca de la comunicación de lo absoluto, de lo supremo, que se compromete con el arte como totalidad, tanto del arte del presente como del futuro.

La autora termina este recorrido conceptual sobre el pensamiento de estos dos teóricos con la posibilidad de la obra de arte total, aquella que es enigma, que devela lo desconocido ante aquellos cuidadores que deseen penetrar en su verdad. Obra que da cuenta de la humanidad, que la funda desde otro origen, desde una vuelta atrás, a lo oculto, pero que, así mismo, por ser tránsito, por ser comunicación suprema de un mundo, nos devela lo trascendente, la esencia de un nuevo comienzo de la historia y, por qué no, de una nueva humanidad.